

La familia mágica

Mar Benegas

Ilustraciones de
Jorge del Corral



La familia mágica

Mar Benegas

Ilustraciones de
Jorge del Corral





Hola, me llamo Ana y soy periodista

Mi abuela me ha dicho que es importante hacer una presentación de los hechos para ubicar a los lectores. Ya habréis podido comprobar, con esa maravillosa oración, lo bien que me expreso. Eso es porque soy periodista, como mi abuela. Pero no cualquier tipo de periodista: soy una periodista seria, de crónicas. Ella, mi abuela, me está enseñando.

Me llamo Ana y tengo nueve años, casi diez. Tengo una hermana pequeña, Sol (así se llama), que ahora tiene cuatro, pero que, cuando comenzaron a suceder las cosas que os voy a contar y yo tenía siete, ella tenía dos. Puede parecer poca cosa, pero nosotras, las niñas, sabemos que dos años son muchos. Por ejemplo, mi hermana todavía usaba pañales y casi no sabía hablar; ahora habla por los codos. Parlotea

todo el rato, sin parar. Es como una máquina de hacer preguntas: dos mil preguntas por minuto. Si estás mucho rato con ella, terminas con dolor de cabeza, en serio. Sin embargo, yo no he cambiado tanto; solo en algunas cosas sin importancia. A los siete años todavía no me dejaban ir sola a comprar el pan ni era capaz de montar en bicicleta sin ruedines. Aparte de eso, en todo lo demás, sigo siendo la misma. Menos los dientes, que se me han caído y me han salido otros más grandes. Ahora parezco una ardilla, según mi padre. Mi madre me dijo que, si seguía así, el Ratoncito Pérez iba a quedarse totalmente en la ruina. Pero yo no lo creo. Debe de tener un buen negocio montado con los dientes. Cada vez que se me cae uno, me deja un billete de cinco euros. ¿Para qué querrá tantos dientes? A lo mejor después los revende más caros...

En fin, a lo que iba: que la vida de una niña es muy inestable y cambiante. Por eso, lo que os voy a contar me subió los niveles de ansiedad, aunque mi padre dice que los niños no tenemos ansiedad y que tengo mucho cuento. Yo, sinceramente, estaba bastante ansiosa cuando nació mi hermana. Dejé de poder hacer un montón de cosas, y comenzó a despertarme por las noches.

Me ponía furiosa cuando lloraba sin parar sin que nadie supiera por qué. Me enfadaba muchísimo cuando llenaba mis juguetes de pasta de galletas. Sí, esa pasta que crean los bebés cuando se meten una galleta en la boca. Andaba todo el día pringándolo todo. Ella misma estaba rebozada en pasta de galletas: las manos, la cara, la boca, la ropa y, por supuesto, todo lo que tocaba. Era como el Monstruo de las Galletas, pero en pequeño. Además, Sol hacía todo lo que hacen los bebés: romper las cosas, pintarlas, llenarlas de babas... Y lo más increíble de todo: era capaz de vomitar sin mover la cabeza ni un milímetro. Le daba igual que todos estuviéramos alrededor de la mesa comiendo. Ella, en su trona, abría la boca y, sin despeinarse siquiera, lo soltaba. Era un asco. Esa mocosa recién llegada hacía todas esas cosas que, si se me hubiera ocurrido hacer a mí, mis padres todavía estarían echándome el sermón. Y, claro, yo me ponía nerviosa y rompía cosas y la odiaba con toda mi alma.

Pero eso ya es pasado; ahora sé que mi hermana es genial. Me cae bien la enana. Incluso la protejo si alguien se mete con ella. Mi madre dijo que es un instinto animal, porque hace un par de semanas le puse la zancadilla a un niño

de su clase que le acababa de robar el bocadillo. El problema fue que me vio la profesora y llamaron a mis padres: «Es un instinto animal; ha empezado a cuidarla. Está superando los celos. Aprenderá a controlarse. ¿Verdad, Ana?». «¿Qué celos? ¡Le robó el bocadillo!», pensé yo. Pero dije: «Sí, mamá, claro».

En mi cumpleaños número siete, me regalaron una grabadora. Fue mi abuela, de la que ya os he hablado antes. Me dijo que, como yo hacía tantas preguntas, sabría sacarle jugo al regalo, que yo llevaba en la sangre su pasión por las entrevistas. Pensé que para campeona de las preguntas ya teníamos a Sol, pero me callé. Mi abuela sabía bien lo que hacía y tenía toda la razón del mundo: a la grabadora le saqué mucho jugo. Gracias a ella os puedo contar todo lo que sucedió, porque, al poco tiempo de mi cumpleaños, comenzaron a pasar cosas extrañas, muy extrañas.

Voy a contaros lo que pasó por orden cronológico. Esa palabra, *cronológico*, es muy importante para los periodistas. Me lo dijo mi abuela. Con información totalmente veraz (*veraz* también es importante; quiere decir que hay que contar la verdad, sin saltarse nada). Mi abuela

dice que hoy en día los periodistas no son veraces y que todos escriben falacias. Las falacias deben de ser mentiras, pero más gordas y feas que las mentiras normales. Ella, mi abuela, me ayuda a clasificar mis grabaciones por orden cronológico y las vamos escribiendo en el ordenador, como hacen los periodistas de verdad, para tenerlas guardadas para la posteridad, o sea, para el futuro. Es que mi abuela me enseña muchas palabras. Insiste en que debo tener un vocabulario rico si quiero ser una periodista de las buenas, como ella. Dice que ahora los periodistas no saben escribir, ni hablar, ni nada de nada. Mi abuela se ha recorrido el mundo como corresponsal de guerra. Ahora ya no trabaja, pero sigue viajando. Mi abuela es estupenda.

CRÓNICA I

El día en que mi madre salió volando

Bueno, empezaremos por el principio. Aquel día era el aniversario de mis padres. Hacía mil años que estaban enamorados y todo ese rollo. Se hicieron regalos y estuvieron todo el día especialmente empalagosos. Era un domingo de marzo y hacía muchísimo viento; eso lo sé porque grabé en mi grabadora la fecha y el ruido del viento en el jardín. Se besaban muchas veces y estaban contentos. Se miraban raro (nota: mi abuela dice que se dice *arrobados*; «se miraban arrobados»), a pesar de que el plan no les había salido del todo bien. La idea había sido que mi hermana y yo nos hubiésemos quedado con mi abuela, pero, cuando la llamaron, estaba en Marruecos. Se había ido de viaje sorpresa, sin avisar, y la canguro que a veces nos cuidaba tenía fiebre. Tuvieron que

apechugar y llevarnos a comer a un sitio bonito, de esos que les gustan a los mayores. Y quedarse sin cena romántica, claro. «Contingencias de ser padres responsables», dijo mi madre torciendo el morro, como hace cuando algo se tuerce; digo yo que por acompañar el torcimiento.

«Son las 13:15. Salimos de casa. Vamos muy bien arreglados los cuatro. Mi madre lleva un vestido nuevo, de color azul. Se lo ha regalado mi padre. Está muy guapa. No me extraña que se enamorara de ella». Eso fue lo que grabé cuando salíamos por la puerta. Mi madre sonrió y me dio un beso tan sonoro que también se quedó grabado, junto a mi contestación: «¡Déjame, mamá, que estoy trabajando!».

El vestido de mi madre tenía mucha tela («*Vuelo*, se dice *vuelo*», me corrige mi abuela). La falda le llegaba casi hasta los tobillos. Eso de que la falda tenía mucho vuelo fue literal. Cuando atravesábamos el jardín para ir hacia el coche, mi madre dijo:

–Mirad qué vestido más bonito me han regalado. –A la vez que daba una vuelta sobre sí misma, haciendo un poco el tonto–. ¿Me queda...?

Pero no terminó la frase. La falda de su vestido se infló como un paracaídas y salió volando.

Comenzó a gritar mientras giraba y giraba, cada vez más arriba. En ese momento hubiera sido estupendo tener una cámara de vídeo, porque aquello que estaba sucediendo era muy difícil de creer. Sin embargo, así fue. Ella seguía, cada vez más alto, y gritaba: «¡Socoooooroooo!». Era igualita que la cometa que habíamos visto la tarde anterior en el parque, solo que en vez de una cometa se trataba de mi madre, que estaba elevándose por el aire. Ya había llegado a la cancela, pero a la altura de los cables de la luz. Mi padre le gritó que no se agarrara a ellos, que podía electrocutarse, pero ella no lo escuchaba. En ese momento, Sol comenzó a llorar llamando a su mamá, que también es la mía, y yo empecé a preocuparme bastante, tanto que se me olvidó grabar lo que estaba pasando. Mi padre estaba muy nervioso, le gritaba: «¡Baja, baja de ahí ahora mismo!», pero estaba claro que no podía hacer nada. Mi madre solo nos miraba con cara de angustia. Seguía subiendo y subiendo, cruzando la calle.

Aquello era un verdadero espectáculo: Sol lloraba, mi padre gritaba como un loco y yo estaba petrificada. Pensaba que, si seguía así, mi madre terminaría en órbita (como un satélite de la NASA) o viviendo en la Luna, y no la volveríamos a ver.

Ya había pasado sobre nuestro coche, que estaba aparcado en la acera, y se acercaba peligrosamente a la casa de los vecinos de enfrente. Ahí sí que me asusté, porque en ese jardín vive Roco, un perro gigante y con muy mala uva. Un perrazo negro con la cabeza más grande que un camión y los dientes afilados como puñales. El mismo perro que destroza todas las pelotas que se nos caen, sin querer, en sus dominios. Yo temí muy seriamente por la vida de mi madre. Si caía en el jardín de Roco, este se la comería sin ninguna compasión.

Pero no: ella seguía subiendo. De pronto reaccionó, menos mal. Consiguió agarrarse a la veleta del tejado con una mano y, con la otra, como pudo, empujó la tela de la falda hacia dentro y la sujetó fuerte entre las piernas. De esta manera logró frenar la ascensión. La vimos quedarse quieta sobre el tejado. Había perdido los zapatos. Se quedó a horcajadas, como si estuviera montando a caballo, pero, en vez de un caballo, montaba una casa de dos plantas, con sus balcones y su buhardilla. Se agarraba con todas sus fuerzas a la veleta del tejado. Creo que, si no hubiéramos estado tan asustados, nos habríamos muerto de risa.

Mi padre llamó a los bomberos, que achacaron su despegue al exceso de vuelo de la falda. Lógicamente, no ha vuelto a ponerse ese vestido jamás. Es curioso cómo la mente intenta explicar de manera lógica lo que no tiene explicación. El bombero que la bajó de arriba nos dijo que esos nuevos tejidos, tan aerodinámicos y vaporosos, son un peligro. Que vete a saber si no serían las sobras de alguna tela especial para fabricar cometas o trajes espaciales. Que por eso, seguro, había salido volando.

Después de todo aquel embrollo, mi madre fue a cambiarse de ropa, con la falda atada a las rodillas, por si acaso. Estaba muy pálida. De aquel incidente de vuelo sin motor no se habló demasiado. Cuando mi padre dejó de estrujarla y de mirar si se había roto algo, lo único que le dijo fue: «No tendrá nada que ver tu padre en este asunto, ¿verdad?». Mi madre bajó los ojos y miró al suelo. Pero aquello no nos fastidió la comida en el restaurante. Dijo (lo sé porque, después de la conmoción, empecé a grabar de nuevo): «No voy a dejar de celebrar nuestro aniversario por un desafortunado despegue». Así que allá que nos fuimos los cuatro.

